

NUESTRA OBLIGACIÓN COMO MUSULMANES DE HACER EL BIEN A TODA LA HUMANIDAD

En el Nombre de Dios, el Infinitamente Misericordioso, el Clementísimo
Y que Dios derrame Su Bendición sobre nuestro señor Muhammad, sobre su familia y sobre sus
compañeros, los buenos, los más nobles.

Dios (Exaltado sea), ha dicho en el Noble Corán: “Vosotros sois la mejor comunidad traída a la humanidad” (Cor. 3, 110). En este versículo, el término “humanidad” debe entenderse de un modo amplio, general y omniabarcante. Esta expresión incluye a todos los seres humanos en sus diversas formas, tipos y condiciones. Se refiere tanto al creyente como al no creyente, tanto a aquel que obedece a Dios como al que no Le obedece. El imam al-Bujari interpreta el significado de “humanidad” en este versículo en los mencionados términos generales e inclusivos. Dice: “[Vosotros debéis de ser] la mejor gente para [toda] la gente” (*jayru-l-nâsi li-nâsi*). Muchos ulemas de las primeras y las últimas generaciones han mantenido ese mismo punto de vista, es decir, que la comunidad de los musulmanes tiene que constituir la mejor, la más útil y la más misericordiosa de todas las comunidades humanas, para el resto de la humanidad en su conjunto.

Nuestro rango de “mejor comunidad traída a la humanidad” no es una proclama triunfalista, ni un sello de arrogancia que nos declara superiores a los demás. Antes al contrario: ese rango que Dios ha otorgado a los musulmanes es un sublime depósito que debemos preservar y una inmensa responsabilidad con la que tenemos que cargar. Este mundo es un lugar de servicio, y el Otro es un lugar de recompensa. Este servicio general y sin límites a la humanidad era la costumbre constante del Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz) antes de la Profecía, durante la Profecía, y tras ella. Ese servicio aparece en la descripción que de él hizo Jadiya, la madre de los creyentes (que

Dios esté satisfecho de ella), cuando llegó la primera revelación: “En verdad, juro por Dios que [eres una persona que] mantienes unidos los lazos familiares, dices la verdad cuando hablas, cargas pesadas cargas para servir a los otros, les das a los demás lo que te hace falta a ti, permites que el pobre se gane la vida, acoges a tus huéspedes con generosidad, y ayudas a los demás a sobreponerse de las calamidades de la mala fortuna”.

Las aleyas comprendidas entre la segunda y la última de la azora *al-Tawba* están consideradas las últimas reveladas al Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz). Fueron reveladas tanto como una despedida final a su comunidad, como una declaración universal de su grandeza: “Os ha llegado un Enviado procedente de vosotros mismos. Le afecta vuestro sufrimiento, le preocupa vuestro bienestar. Con los creyentes, es amable y misericordioso”. (Cor 9, 128). Aquellos a los que se refieren las expresiones “Os ha llegado”, “vuestro sufrimiento” y “vuestro bienestar”, es toda la humanidad en general, a quien fue enviada el Enviado de Dios. La prueba que se utiliza para justificar esto es precisamente la excepción que encontramos al final del versículo, con las palabras: “Con los creyentes, es amable y misericordioso”. En su conjunto, este versículo de despedida indica que –tanto al final de la carrera profética del Enviado, como al principio de esta– el Profeta (sobre él la Bendición y la Paz), deseaba el bien a toda la humanidad, tanto a los felices como a los infelices, a los obedientes y a los desobedientes, a los que le recibieron con sinceridad y a los que se opusieron a él con falsedades. Del mismo modo, el sufrimiento de todos ellos le afectaba profundamente. No solo el de aquellos que creían en él, le seguían y se unieron a él en el triunfo eterno. Del mismo modo, se sentía personalmente preocupado por toda la humanidad y su bienestar, mientras que mostraba una especial bondad y misericordia por aquellos que creían en su misión profética.

Dios (Exaltado Sea), dice en el Noble Corán: “En verdad, aquellos que creen y que llevan a cabo buenas obras, a ellos el Infinitamente Misericordioso les impone un amor [especial]” (Cor. 19, 69). Uno de los significados de este versículo es que Dios, Exaltado Sea, dispone un tipo especial de amor en los corazones de los creyentes sinceros y rectos. Este amor será un testimonio de la sinceridad de su fe y de la sinceridad de sus actos. Este amor especial es aquel al que alude el Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz), cuando dijo: “Ninguno de vosotros cree verdaderamente hasta que no quiere para su hermano lo que quiere para sí mismo”. (Bujari y Muslim). Con las palabras “para su hermano” se está refiriendo a los hermanos de los creyentes en tanto que hijos de Adán, es decir, los miembros del género humano, y no exclusivamente a los hermanos en la fe del Islam. Esta explicación se ha dado en numerosos comentarios sobre el hadiz.

El Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz), también manifestó explícitamente esta dimensión global en otra transmisión del mismo hadiz, confirmada por una cadena de transmisión correcta: “Ninguno de vosotros cree verdaderamente hasta que quiera para los seres humanos (*li-l-nâs*) lo que quiere para sí mismo”. Este amor no consiste simplemente en sentimientos de afecto hacia aquellos a los que amamos, sino que requiere de una voluntad activa para aportarles beneficios y evitarles perjuicios, y nuestro esfuerzo en la consecución de ese objetivo. Basándose en esto, el sultán de los amigos de Dios, *el shayj al-islâm* Abd al-Qadir al-Jilani, definió el principio del *ihsân* (la perfección) en esta religión como: “Sinceridad hacia el Único Real [Dios], y las hermosas virtudes hacia [toda] Su creación”.

Dijo uno de los creyentes rectos de esta comunidad: “Quien ame a Dios y ame [a los demás] por Dios, su santidad ha alcanzado la perfección”. Uno de los signos de este amor perfecto que Dios, el Infinitamente Misericordioso, nos otorga, es que amamos del mismo modo a los que nos hacen bien y a los que no nos lo hacen. Un amor así pertenece a las más elevadas estaciones de la certeza absoluta (*yaqîn*).

Dios, Exaltado Sea, ha dicho al respecto del grado eminente de Su noble Profeta (sobre él la Bendición y la Paz): “Y no te hemos enviado sino como una misericordia para los mundos” (Cor. 21, 107). El uso de la forma gramatical indefinida en las palabras “una misericordia”, indican [en la lengua árabe] que la misericordia concedida al Profeta (sobre él la Bendición y la Paz) y con la que fue enviado, pertenecía a un tipo específico de misericordia, no a la conocida habitualmente por nosotros. Se trata de una misericordia de carácter tan especial que excede nuestra habilidad para describirla.

El Profeta (sobre él la Bendición y la Paz), fue enviado con una misericordia tan inmensa que incluía todos los aspectos infinitos de la misericordia divina. Así, el Enviado vino como una misericordia para toda la humanidad, para toda la creación, para todas las cosas creadas en cualquier tiempo y lugar. La expresión “para los mundos” tiene un sentido general, no restringido a ningún tipo particular de mundo, frente a otro. Dios (glorificado y exaltado Sea) no dijo, por ejemplo: “No te he enviado sino como una misericordia para los creyentes, o para tu comunidad en particular”. Así pues, esta misericordia profética universal y desconocida, que está más allá de cualquier cosa que sepamos o hayamos experimentado, incluye al creyente y al incrédulo, a la persona que cree en la unicidad de Dios y a quien no cree en ella, a quien obedece a Dios y a quien le desobedece. De hecho, el término árabe “mundos” incluye a los reinos mineral, vegetal y animal,

así como a todo lo que existe en el universo. Por tanto, parte de lo que debemos comprender de este versículo –como creyentes– es que nuestra obligación, como comunidad de musulmanes, consiste en revestirnos con las virtudes del Profeta, seguir sus pasos e imitarle en su función de misericordia para los mundos. Así, también nosotros debemos esforzarnos por ser una “misericordia para los mundos”. Debemos tratar de beneficiar a todas las personas y a toda la creación en general, y tratar de alejar de ellos todo el mal que pueda dañarlos.

El Profeta (sobre él la Bendición y la Paz) dijo: “No soy sino una misericordia [especial] enviada [como un regalo por Dios]”.

Dios adornó a Su noble Profeta (sobre él la Bendición y la Paz) en todas las cosas que dijo, en todo lo que hizo y en todos y cada uno de sus perfectos atributos. Un aspecto de esta perfección de misericordia es que el Profeta (sobre él la Bendición y la Paz) jamás insultó o maldijo a nadie. Ha sido transmitido con una línea de transmisión auténtica en Muslim, que en una ocasión se le dijo: “Enviado de Dios, suplica a [Dios] contra los idólatras”. Él respondió: “No he sido enviado como un maldecidor. He sido enviado como una misericordia”. Sería de esperar que esta comunidad nuestra del Islam fuera también una gran misericordia para la humanidad. No deberíamos nunca hablar con desprecio de los demás ni maldecirlos, ni siquiera a nuestros enemigos. Tampoco deberíamos suplicar a Dios contra ellos. Por el contrario, es parte de la misericordia divina que se supone que debemos representar, el hecho de suplicar a Dios a favor de nuestros enemigos y pedirLe que abra sus corazones al arrepentimiento, les conceda la guía y les haga buenos y rectos. Hay en esto también una sabiduría, pues como han dichos algunos grandes sabios, cuando suplicamos a Dios que castigue a nuestros enemigos y a quienes nos han hecho daño, es como si estuviéramos pidiendo a Dios (exaltado Sea) que incrementara el mal de nuestros enemigos, su enemistad contra nosotros, y la transgresión y el gran daño que causan. No hay ninguna duda de que muchas de las catástrofes que afligen a nuestra comunidad en estos momentos tienen como origen el hábito de muchos musulmanes consistente en suplicar furiosamente a Dios que maldiga y destruya a nuestros enemigos, especialmente a través de los micrófonos y en las ocasiones religiosas. El Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz), le dijo a Aisha, la Madre de los Creyentes (que Dios esté satisfecho de ella): “Aisha, Dios es amable y ama la amabilidad. Él devuelve por la amabilidad lo que no devuelve por la rudeza, y lo que no da por ninguna otra cosa”.

Dios (Exaltado Sea), dice en el Glorioso Corán: “Os hemos hecho una comunidad del medio, de modo que seáis testigos de la humanidad y que el Enviado pueda ser un testigo para vosotros” (Cor.

2, 143). Esto significa que cada individuo miembro de nuestra comunidad debe esforzarse por formar parte de las gentes mejores y más justas. Debemos ser como los Compañeros del Profeta (que Dios está satisfecho de ellos) y como los miembros rectos de las primeras generaciones de musulmanes, que constituyen lo mejor de la humanidad de todos los tiempos, y fueron epítomes de bondad y de justicia. El término “medio”, cuando en lengua árabe se aplica a una persona, se refiere a aquellos seres humanos que detentan un grado de excelencia y que poseen los atributos más loables. Implica que su excelencia reside en el hecho de que siempre se sitúan en el punto medio entre dos extremos, sin inclinarse hacia el exceso ni hacia la negligencia. Por esta razón se dice en árabe: “El mejor asunto es el que se sitúa en el medio”. Al Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz) se le califica de el “medio” (*wasat*) al respecto de su pueblo. Esto significa que era el mejor de todos ellos, tanto en su forma exterior como en su naturaleza interior. En otros términos, que era del mejor linaje y digno del mayor de los honores. En definitiva, que era el más excelente desde cualquier punto de vista. Por tanto, este versículo contiene un significado similar al tratado al principio: “Sois la mejor comunidad traída a la humanidad” (Cor. 3, 110).

Uno de los significados de las palabras: “De modo que seáis testigos de la humanidad” es que, como musulmanes, debemos ser los defensores de la ecuanimidad y la justicia, entre nosotros y entre el resto de las comunidades. Debemos tomar la mano del ignorante y del negligente, y conducir su atención hacia aquello que les permitirá regresar a Dios de forma sincera. Debemos guiarles hacia la Verdad y hacia el bien. En cuanto a las palabras: “Y que el Enviado pueda ser un testigo para vosotros”, se ha dicho que significan: “De modo que el Profeta (sobre él la Bendición y la Paz), sea un protector para vosotros por medio de [vuestra aceptación de] su recta guía y del ejemplo de su vida, de modo que permanezcáis siempre en el justo medio, evitando los extremos del exceso y la negligencia”.

También se ha dicho que parte del significado de la expresión “para que seáis testigos de la humanidad”, consiste en que Dios ha hecho de vosotros una protección para todas las demás comunidades humanas. Así pues, es una obligación para todos los musulmanes tratar de proporcionar protección y bienestar a todas las personas, y hacerles el bien del mismo modo que forma parte de la naturaleza de la revelación coránica ser una “protección sobre” todos los libros revelados que lo precedieron, y las dispensaciones proféticas que vinieron antes de él. Dice Dios: “Y hemos revelado sobre ti la Escritura en Verdad, confirmando la Revelación que vino antes, y como un protector de ella...” (Cor. 5, 48). Así pues, un musulmán siempre debe ser parte de la solución, y nunca el problema. A causa de que hemos dejado de ser la “comunidad del medio”,

tanto nosotros como el mundo que nos rodea, hemos entrado en el estado de gran pérdida en el que nos encontramos.

Entre los significados de este y otros versículos coránicos y afirmaciones del Profeta similares, está el que indican que el Profeta de Dios (sobre él la Bendición y la Paz) nos enseñó y nos preparó en tanto que comunidad suya, para ser una misericordia especial para los mundos, del mismo modo en que lo fue él mismo, y para ser una comunidad del medio. Por medio de la bendición que supone caminar siguiendo las huellas del Profeta, nos convertimos en la mejor de las comunidades que Dios trajo a la humanidad. El Profeta nos guió a todo lo que necesitábamos para tal propósito, de modo que pudiéramos mantener el depósito que nos fue confiado. Por esta razón, sólo podremos esperar convertirnos en la mejor de las comunidades humanas si adoptamos las virtudes proféticas y seguimos su ejemplo externo. Dice el imam al-Busiri:

“Cuando Dios convocó [al Profeta], quien [a su vez] nos convocó a la obediencia [a Dios]/ siendo el mejor de los Enviados, nos convertimos en la mejor de las comunidades”.

Por medio de su sabia conducta en la vida y de su noble patrón de comportamiento, el Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz) era la solución para todos y cada uno de los problemas. Muchos son los ejemplos de esta realidad. De entre ellos, destaca el hecho de que las tribus mediníes de al-Khazraj y Aws (que Dios esté satisfecho de ellos) invitaran al Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz) a hacer la *hijra* (emigración a La Meca), porque necesitaban una solución urgente para acabar con la guerra civil endémica que había asolado el oasis durante generaciones. La guerra civil había acabado por implicar no solo a ambas tribus, sino también a varias tribus judías de Medina, aliadas de las anteriores. La guerra civil culminó en la sangrienta batalla de Bu‘ath solo unos años de la llegada del Profeta a Medina. El Enviado de Dios llevó a cabo este milagro político inmediatamente después de su llegada a Medina, estableciendo la célebre constitución entre las tribus y clanes de la ciudad, conocida por los especialistas como la Constitución de Medina o, en árabe, *al-Sahîfa* (“el rollo”) y *al-Mithâq* (la Alianza). Las milagrosas soluciones que el Profeta dio a los problemas continuaron una tras otra hasta que, al final de sus días en la tierra, había unificado a todas las tribus árabes por primera vez en la historia, y establecido las bases para el califato bien guiado que le sucedería.

Durante sus épocas más productivas, la civilización islámica desempeñó su función de “comunidad del medio” entre las naciones del mundo. A menudo ideó soluciones y organizó de forma correcta a

diferentes pueblos, aportando a la humanidad un bien imperecedero. Los musulmanes a menudo idearon notables soluciones para problemas de índole social, económico y cultural que otros pueblos habían sido incapaces de solucionar por sí mismos. Las soluciones que aportaron los musulmanes formaron parte de las razones por las que el Islam se expandió, y los musulmanes fueron aceptados como vecinos en Oriente, en Occidente y en otras partes del mundo. Un ejemplo de esto fue la abolición del sistema feudal en la España y el Portugal musulmán (*al-Andalus*), en la Sicilia musulmana y en otras islas del Mediterráneo. Una de las políticas que facilitaron la abolición del feudalismo en la Europa musulmana fue la aplicación de la orden profética: “Quien dé la vida a una tierra en desuso, esa tierra le pertenece”. Esta regla se aplicó a amplias zonas agrícolas feudales sin uso. No sólo fue algo beneficioso para los musulmanes, sino también para los campesinos cristianos y para otras poblaciones. Esta distribución de la tierra hasta entonces sin uso fue una de las razones más importantes detrás de la gran revolución y de la prosperidad económica global que fueron los sellos distintivos de la civilización islámica.

Otro ejemplo del gran bien general que el Islam, como “comunidad del medio”, produjo para el mundo, son las “cooperativas comerciales urbanas” que los musulmanes establecieron en África Occidental desde un tiempo muy remoto, como demuestra el historiador John Ralph Willis. Estas cooperativas únicas permitieron a los artesanos, granjeros y mercaderes musulmanes sobrellevar las dificultades económicas, peligros y cargas que imponía el antiguo orden tribal de África Occidental impuesto sobre ellos antes de la unificación de la región como un sistema económico orgánico único bajo el liderazgo musulmán. Las cooperativas urbanas servían en última instancia para conectar a los pobladores de África Occidental con los mercados del mundo islámico, permitiéndoles convertirse en socios activos del comercio mundial. Después de varias generaciones, estas cooperativas comerciales musulmanas desarrollaron una nueva infraestructura económica en África Occidental, y convirtieron la región en un rico mercado internacional. Estos desarrollos también condujeron a la creación de nuevos medios de comunicación y de viaje en África Occidental, que estaban conectados a las rutas comerciales globales. En última instancia, este destacable logro estableció las bases económicas y culturales que culminaron en los días más gloriosos del Imperio de Ghana. Estableció los cimientos del gran Imperio de Mali, que sucedió al de Ghana y se convirtió en una de las naciones más ricas y poderosas de la tierra, especialmente bajo su célebre rey Mansa Kakan Musa, en el s. XIV. Sobre las mismas bases culturales y económicas se estableció el Imperio de Songhay, que apareció en la estela del Imperio de Mali.

Durante los siglos XIII y XIV, los musulmanes se asociaron con la China Imperial, creando las bases de un sistema económico dinámico de carácter global como el mundo jamás había visto. Eso ha sido ilustrado por historiadores como Janet Lippman Abu-Lughod. Este sistema conectaba y organizaba de un modo racional una vasta serie de mercados internacionales, que iban desde China en Extremo Oriente hasta los puntos más alejados de Europa y África, en Occidente. En colaboración con los chinos, los musulmanes produjeron los modelos más antiguos conocidos de lo que serían los bancos y el sistema bancario internacional de la era moderna. El nuevo orden económico facilitaba el movimiento de grandes cantidades de capital a través de continentes y mares por medio de transacciones de dinero promisorio (*hawala*) similares a los cheques actuales. Estos billetes promisorios les evitaban a los mercaderes el grave peligro que suponía tener que llevar con ellos grandes cantidades de oro y plata en sus viajes internacionales. Pero, como una muestra de la actuación –en ocasiones terrible– de Dios en la historia, este orden económico global colapsó completamente y llegó a su fin de forma súbita e inesperada durante el siglo XIV, a causa de la rápida expansión de la plaga global que la historia conoce como la Peste Negra (peste bubónica). Sin embargo, este sistema económico que permaneció vivo durante dos siglos, puso las bases del sistema bancario capitalista occidental, aunque no podemos hacerle responsable de algunas de las alteraciones dañinas y usurarias que se irían introduciendo en Europa durante el siglo XV y los siglos posteriores, en un proceso de revivificación y modificación del sistema.

Los inmensos beneficios que los musulmanes introdujeron en el mundo de las artes y los oficios, las diversas tecnologías y las ciencias empíricas son bien conocidas y estudiadas, y han sido reconocidas universalmente por los historiadores. Entre las más básicas, pero no por ello menos importantes, están el desarrollo de las técnicas relativamente económicas para la manufactura del papel, que se desarrollaron en la ciudad musulmana de Bujara, en Asia Central, modificando técnicas tomadas de los chinos y extendiéndolas a otras partes del mundo. La manufactura del papel barato ayudó a eliminar el analfabetismo, promovió el ascenso de una civilización cultivada, y trajo como consecuencia un acceso mucho mayor a los libros del que había existido hasta entonces. Los musulmanes amaron especialmente las ciencias matemáticas, que sintetizaron desde fuentes diversas: griegas, indias, persas y otras. De entre sus muchos logros matemáticos, los musulmanes ofrecieron al mundo la numeración arábica, que incluía el concepto de cero. De no haber sido por el regalo de los números arábigos y el concepto de cero que subyace, la mayor parte de los progresos tecnológicos –incluyendo los ordenadores y el teléfono móvil– de los que tanto dependemos hoy en día, habrían sido virtualmente imposibles.

Una de las características esenciales de la civilización islámica clásica allá donde esta floreció fue que abrió sus puertas a todos aquellos pueblos, con el fin de vivir juntos y cooperar de forma armoniosa, independientemente de sus diferencias religiosas, culturales, étnicas y lingüísticas. La civilización islámica clásica alentaba los intercambios culturales y científicos. Los musulmanes no solo toleraban las diferentes comunidades y minorías religiosas que vivían entre ellos, sino también los protegían de sus enemigos y les permitían florecer entre ellos. De entre los mejores estudios académicos realizados en los últimos tiempos sobre este fenómeno cultural único está el libro titulado *The Arts of Intimacy (Las artes de la intimidad)*, escrito por Jerrilyn Dodd, María Menocal y Abigail Balbale. Es un hermoso estudio salpicado de numerosas fotografías. El libro saca a la luz el destacable fenómeno de los intercambios creativos de carácter cultural y artístico que tuvieron lugar entre musulmanes, judíos y cristianos en la ciudad andalusí de Toledo (*Tulaytula*) en la España musulmana. El libro apareció en el año 2009 y tuvo el honor de ser designado por el *London Times Review of Books* como el mejor libro publicado a lo largo de ese año.

En lo que respecta a la educación, el célebre investigador y académico George Makdisi, mostró hace ya más de treinta años en su minucioso trabajo titulado *The Rise of Colleges (El auge de las universidades)*, dedicado al estudio de la aparición de las facultades de educación superior en el mundo medieval tanto occidental como islámico, que las famosas universidades occidentales que aparecieron en Europa al final de la Edad Media no fueron un fenómeno cultural independiente. De hecho, estas universidades occidentales estuvieron profundamente influidas por las escuelas de enseñanza superior que las precedieron en el mundo islámico, especialmente las escuelas legales (*madaris*), que fueron diseñadas para producir eruditos autorizados expertos en ley islámica (*fuqahâ'*), jurisconsultos (*mufti*) y eruditos independientes que pudieran buscar soluciones dentro de la ley islámica a los problemas nuevos que fueran surgiendo, para los que no existían precedentes (*mujtahid*). Entre los vestigios de estas escuelas legales en las universidades europeas –como ha demostrado Makdisi– se encuentra la afirmación de principios fundamentales tales como la libertad académica, la institución de la tesis doctoral escrita sobre un tema de estudio original, la subsecuente defensa de la tesis frente a un tribunal de eruditos cualificados, e incluso el mismo título de doctorado, que el estudiante alcanzaba por medio de todo lo anterior. La tradición conocida como “cátedra universitaria”, que se extendió por todo el occidente, también procede de las “sillas de lectura” que se establecieron en las facultades islámicas y que se siguen usando hasta nuestros días en algunos países musulmanes.

En un libro siguiente, *The Rise of Humanism (El auge del humanismo)*, George Makdisi documentaba en detalle que incluso la filosofía del hombre conocida en Occidente con el nombre de “humanismo”, posee profundas raíces en la civilización islámica, especialmente en los círculos académicos de los escribas de las chancillerías y las figuras literarias (*al-udabâ*). El humanismo vino a constituir el sistema de valores predominante en la Europa del Renacimiento, y permanece hasta nuestros días como el sello distintivo de la ética occidental. Muchos occidentales sienten más orgullo por el humanismo que por cualquier otra cosa, y a menudo se concibe como una creación completamente occidental. De entre las numerosas pruebas que el libro aporta, Makdisi nos recuerda las célebres palabras de Giovanni Pico de la Mirandola, quien abre su ensayo renacentista titulado *La dignidad del hombre*, denominado “el manifiesto del Renacimiento”, dirigiéndose a un miembro del clero católico y diciendo: “He leído, reverendos padres, en los trabajos de los árabes, que cuando le preguntaron a Abd Allah el Sarraceno por aquello que más le asombraba en el mundo, respondió que nada había más digno de admiración que el hombre”. Pico fue una de las principales figuras del primer Renacimiento. Aprendió latín, griego, hebreo, arameo y árabe. Su primer maestro estaba influido por la filosofía aristotélica de Ibn Rushd (*Averroes*). Abd Allah el Sarraceno es posiblemente una referencia a Abd Allah ibn Qutayba, el célebre humanista musulmán que escribió un libro acerca de la dignidad del hombre siglos antes de que Pico lo hiciera.

Para concluir, citemos las palabras de Ibn Ata Allah: “Los principios son la manifestación de los finales”. También dijo: “Quien haya tenido un comienzo luminoso, tendrá un final luminoso”. Los comienzos de esta excelente comunidad del medio fueron grandes y luminosos, y así permanecieron durante más de mil años. Estos grandes y luminosos comienzos nos dicen que nos esperan, al final de los tiempos, grandes y luminosos finales, a pesar de las espesas tinieblas en las que estamos sepultados hoy en día. El Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz) dijo: “Mi comunidad es una comunidad que recibirá misericordia”. Y dijo también: “ Mi comunidad es como la lluvia. No se sabe si lo mejor de ella es su comienzo o su final”. Por tanto, grandes bienes deben estar esperando a nuestra comunidad, a la que Dios mostrará misericordia de forma especial al final de su tiempo, del mismo modo que la mostró al comienzo de su historia.

Muchas de las grandes calamidades que han afectado a esta comunidad han tenido lugar durante los dos últimos siglos, los períodos del colonialismo y el post-colonialismo. Durante ese tiempo, la comunidad del Islam ha sido afectada por todo tipo de catástrofes y de desastres, hasta el punto de que nuestra comunidad se ha olvidado de sí misma, de su tradición, de su pasado, de su excelencia y de todo el bien que fue en un tiempo parte de ella. Estas aflicciones no son sino manifestaciones del

decreto eterno de Dios, y refleja Su Justicia y la medida de Su decreto. Es una exigencia de la verdad y la justicia que nuestra comunidad religiosa reciba pruebas similares a aquellas con las que Dios quiso someter a las comunidades religiosas que existieron antes que nosotros. De hecho, es incluso adecuado que nuestros sufrimientos sean aún mayores que los de las otras comunidades, pues el rango especial que supone ser la “comunidad del medio”, exige que la prueba sea más dura y la aflicción más profunda. La renovación de nuestra comunidad y el regreso a la verdad y al bien, después del estado de corrupción generalizada que vive en este momento, será uno de los mayores milagros del Enviado de Dios al final de los tiempos. El shayj ‘Abd al-Qâdir al-Jilani dijo: “No huyáis de la aflicción, pues esta, en unión con la paciencia, es el fundamento de todo bien. Es el fundamento de la profecía y de la revelación, del conocimiento de Dios y de Su amor”.

Entre las grandes maravillas de nuestra comunidad del Islam están sus repetidas renovaciones a lo largo de la historia de su civilización. Definiendo el fenómeno de la renovación, el ya fallecido *shayj* de al-Azhar Muhammad Abu Zahra, dijo: “La renovación consiste simplemente en que esta religión regrese a su verdadero esplendor una vez más, que todas las falsas ilusiones que se han adherido a ella sean eliminadas, y que aparezca ante la gente de nuevo en toda su pureza, como su esencia original, y sin mancha, como en su origen”. El tiempo en el que el shayj Abd al-Qadir al-Jilani vivió fue el de las cruzadas. Fue un periodo de la historia muy similar a aquel en el que viven hoy en día los musulmanes. El *shayj* Abd al-Qadir al-Jilani fue una de las principales razones de la renovación y de la rectificación de su generación. Su obra fue de tal magnitud que se ha llegado a decir que, tras la desaparición de los califas bien guiados, jamás había aparecido en la tierra una persona que organizara a la comunidad musulmana de un modo más efectivo que el *shayj* Abd al-Qadir al-Jilani en su tiempo. Trajo orden y sinceridad a las filas de la comunidad de los eruditos y a sus escuelas. Reformó a los sufíes, organizando sus filas. Estableció las bases para el gran renacimiento sunní. Guió a los dos grandes reyes *mujahid*, ‘Imam al-Din y su hijo, Nur al-Din Zangi. Educó y supervisó personalmente a Salah al-Din al-Ayubi desde su juventud, y dirigió la guerra santa contra los cruzados. Le dio a Salah al-Din buenas nuevas sobre su futuro, y pidió a Dios éxito y protección para este frente a sus enemigos. Finalmente, un gran bien llegó a la comunidad islámica, en contraste frente al gran mal en la que había estado sumergida, y aparecieron motivos para la esperanza tras el largo período de oscuridad y desesperación. El objetivo de nuestras palabras es hacer que las personas recuerden que, según la Ley revelada, la desesperación no es algo aceptable. La Sabiduría de Dios lo engloba todo, y Su misericordia es vasta. Dios (Exaltado Sea), ha dicho: “Si el mal les toca, se desesperan” (Cor 41, 49). También dice: “¿Quién desespera de la misericordia de Dios, salvo los que están desviados?” (Cor. 15, 56). Debemos tratar

de usar todos los medios posibles para extender la esperanza entre los musulmanes y eliminar la depresión y la desesperación de sus corazones.

Dice Dios en Su noble Libro: “Apresuraos al perdón de vuestro Señor, y a un jardín cuya anchura son los cielos y la tierra, preparado para el reverente” (Cor. 3, 133). Este apresuramiento espiritual requiere por nuestra parte conocimiento y práctica, humildad y preferir a los demás por encima de nosotros. Exige que seamos sinceros con Dios, el Único Real, y que tengamos buen carácter con Sus criaturas. La práctica requiere conocimiento, y el conocimiento requiere el éxito que Dios concede (*tawfîq*). Un poco de cortesía (*adab*) es mejor que mucho conocimiento sin cortesía. Se nos ha transmitido desde las primeras generaciones del Islam: “Quien practica en lo que sabe, Dios le dará en herencia la ciencia de lo que no sabe. Dios le dará una facilidad (*tawfîq*) en lo que hace, de modo que obtenga el Paraíso. Por su parte, quien no practique el conocimiento que tiene, será engañado en lo que sabe. No obtendrá la facilidad procedente de Dios para aquello que haga, así que su destino será el fuego infernal”. Entre los mejores tipos de conocimiento y de prácticas, y el más sincero, está el que el musulmán trate de hacer el bien en la vía de servicio y de amor conforme al patrón de comportamiento establecido por el Enviado de Dios (sobre él la Bendición y la Paz).

Oh Dios, pedimos Tu ayuda, ¡ayúdanos pues! Pedimos Tu auxilio, ¡auxílianos pues! A Ti nos abandonamos, sé suficiente para nosotros. Oh Dios, Tú que eres el Suficiente en todas las cuestiones de importancia, sé suficiente para nosotros en todas las cuestiones de este mundo y del otro.

Y que Dios derrame Su Bendición y Su Paz perfecta sobre nuestro señor Muhammad, sobre su familia y sus Compañeros.